

Homenaje de la Facultad de Ingeniería a su Fundador Dr. Egidio Feruglio



Egidio Feruglio en sus últimos años.

Dibujo de José Frutos J.

Hace 25 años, trabajando en la provincia de Magallanes, Chile, daba vuelta en mis manos una carta cerrada, sin decidirme a abrirla porque el nombre del remitente era el de la señora Aurelia Magrini de Feruglio, a quien nunca conocí y con la cual no había tenido oportunidad de cartearme. Inconscientemente buscaba la manera de retardar la llegada de una noticia dolorosa. En efecto, cuando calmado y animado por la curiosidad abrí el sobre, me enteré que Egidio Feruglio ya no podía contestar mis cartas: se había reunido con su querido único hijo varón, muerto en Turín menos de dos años atrás, cuando aún era un adolescente.

El destino me había preparado otro golpe fuerte, pues no había pasado mucho tiempo desde que Bonarelli y Migliorini, inolvidables maestros, nobles de alma y de progenie, amigos insustituibles, habían desaparecido..

Tuve una cierta relación con Feruglio, aunque nuestros contactos fueron esporádicos y cortos; además recién llegaba a la Argentina, mientras Feruglio pensaba regresar a Italia, de la cual se había alejado en abril de 1925. Nuestros intercambios de ideas, personales y por carta, se centraban en la edad y facies del Paleozoico inferior del Norte Argentino, y sobre el Horizonte Calcáreo Dolomítico, cuya edad triásica, admitida por Bonarelli, parecía bastante criticable.

Es común y justificado que el emigrado añore su tierra natal, y que a una cierta edad, pasado el entusiasmo juvenil y presentándose la ocasión, regrese casi en busca de sí mismo, conservando en la mente imágenes estáticas de un mundo aparentemente inmutable. Aunque Feruglio nunca fue explícito en confiar las causas que lo impulsaron a abandonar la Argentina y volver a Italia, es posible que además de las razones de carácter afectivo y romántico le molestaran algunos de los acontecimientos que se desarrollaban en aquel entonces en la Argentina. Fue también Feruglio bastante renuente a exteriorizar los verdaderos motivos materiales, los más importantes de los cuales fueron, según me pareció, de orden económico. Su actitud de romántico y despreocupado investigador no había dado excesiva importancia al dinero.

Tal vez en algo también contribuí yo en su decisión de regresar a Italia, aunque no deseaba entusiasmarlo pues no creía que los cambios producidos hubieran significado una mejora sustancial. El hecho fue que informé a Feruglio que el Ministro de Educación, Sr. Gonela, me había hecho conocer que estaba gestionando una ley especial, con la cual pretendía reparar las discriminaciones realizadas por el gobierno fascista.

Muchos creyeron entonces que habiéndose eliminado a los responsables de Italia volvería a las condiciones anteriores. Feruglio fue uno de ellos, aunque como paleontólogo tal vez tendría que haber usado otros criterios, ya que no desconocía que la evolución, entendida como cambios y no como perfeccionamiento, es irreversible.

Lamenté sinceramente que hubiese dejado la Argentina. Su regreso a Italia significaba alejarse, y prácticamente desaparecer, de la escena de sus mayores logros científicos.

Feruglio, que en 1933 y 1936 no fuera admitido en los concursos efectuados en Italia por no pertenecer al Partido Fascista, fue nombrado en la Universidad de Turín en 1949, con efecto retroactivo al año 1933. Es así que, recién instalado en la Cátedra de Geología y Paleontología de la Universidad de Turín, me pidió una colección de fósiles de la Caliza Dolomítica, que yo había colectado en los años 1948-1951 al confeccionar un mapa geológico de parte de la provincia de Jujuy por encargo de la Universidad Nacional de Tucumán. Este material, que yo envié gustoso, y unos cuantos restos de plantas del Mesozoico inferior, era todo lo que quedaba como recuerdo material de aquella tierra que había abandonado. Tierra que le había proporcionado -creo- las más grandes satisfacciones científicas de su corta vida, y a la cual él había dado la mejor parte de su activo y metódico entusiasmo de naturalista.

Feruglio, uno de los nueve hijos de Luigi Feruglio y de Anna D'Agostina, modestísimos agricultores, participó como oficial de los alpinos en la Primera Guerra Mundial, durante la cual por sus actuaciones recibió la medalla de plata al valor. Después de haberse recibido, a los 23 años, bajo la guía del famoso Carlo De Stefani en Florencia, de Doctor en Ciencias Naturales con la máxima distinción, fue ayudante en la Cátedra de Geología de la Universidad de Cagliari, Cerdeña; pero solamente al emigrar a la Argentina, llamado por Bonarelli, encontro a la vez su vocación estratigráfica y un inmenso territorio geológicamente casi desconocido -la Patagonia- al cual se dirigieron sus mayores esfuerzos, salvo los dedicados al Devónico de El Quemado con los buenos resultados cronológicos que todos conocen.

Es redundante recordar a los argentinos los resultados alcanzados por Feruglio, y el tremendo salto que dio el conocimiento estratigráfico de la Patagonia con él. Pese a que como integrante de la "vieja guardia" muy raras veces usó categorías nomenclaturales como "formación", "grupo", etc., empleando en cambio términos tales como "estratos", "serie", "capa", etc., las unidades por él reconocidas y descritas constituyen la base sobre la cual se han apoyado la casi totalidad de los estudios posteriores efectuados en la Patagonia. Feruglio realizó la mayor parte de estos trabajos como funcionario de Y.P.F., desempeñándose además como profesor de la Universidad de Cuyo, donde en 1941 organizó el Instituto del Petróleo.

Solamente dos veces viajó a Italia: en el invierno de 1928-29, y luego, por más de un año, en 1932-34. En esta segunda oportunidad efectuó en Padua los estudios paleontológicos que culminaron con su Palaeontographia Patagónica, el más importante de sus trabajos, excepción hecha de la grandiosa síntesis Descripción Geológica de la Patagonia. Esta última obra, editada en tres volúmenes, constituye una fuente de consulta permanente por la gran cantidad de información que encierra, y fue premiada con medalla de oro por la Sociedad Geográfica Argentina.

Las últimas publicaciones de Feruglio, impresas en Italia, sobre las plantas mesozoicas de la Patagonia, y sobre algunos braquiópodos y moluscos terciarios de la misma región, representan el fruto de estudios anteriores en la Argentina, perfeccionados con una revisión bibliográfica mucho más acabada. Estos trabajos fueron efectuados en Turín, en cuya Universidad se conservan estupendas colecciones, debidas principalmente al venerado Maestro Federico Sacco.

Aparte de una sentida necrología del conde Guido Bonarelli, lo poco original del último y corto período italiano de Feruglio, es un retorno a la geomorfología, más bien descriptiva, de los fenómenos cársticos del Friuli. Descripciones similares a las que hiciera cuando recién tenía 16 años; se podría decir con el poeta Belli, que:

en la árida edad del desengaño
busqué las huellas de la primera vida.
Volví a ver las flores, el almendro, el jardín,
todo en aquel paraíso perdido
tenía su lágrima, su risa.

Entre sus primeras publicaciones italianas encontramos algunos estudios sobre depósitos glaciares en los Alpes Orientales, y sobre las terrazas fluviales en los alrededores de Florencia; no tienen el alcance -sin duda- del importante trabajo sobre la ingesión marina senomiano-eocena en los Pre-Alpes Julianos, y las observaciones de carácter tectónico y geomorfológico sobre la fosa de la llanura del Campidano en Cerdeña.

¿Por qué aceptó Feruglio, en 1953, una cátedra en la Universidad de Roma? Aceptarla no significaba para él ni una mejora económica, ni una mejor biblioteca o colecciones más abundantes. Era -creo- el deseo de evitar la misma calle donde su hijo perdió la vida: un deseo de cambiar de ambiente, de fugarse de la realidad; un deseo de dar un motivo nuevo, una nueva finalidad a su vida aparentemente vacía ahora. Sin embargo no supo sobreponerse; aceptó así la invitación a la Cátedra de Roma, y siguió usando, como dice Carducci, "la vela y el remo en busca de su muerte".

El cambio de ambiente aparentemente no produjo la mejoría esperada en su salud mental. No hubo reacciones. La foto que publicó de él el Bollettino della Società Geologica Italiana muestra a un individuo con una mirada ausente y dolorosa. Esta expresión no es la del Feruglio que los amigos conocían. Avejentado, descarnado, encorvado, de hombros caídos. La pluma maestra de mi amigo José Frutos J. aquí lo personifica. La corbata es negra. Siguiendo la costumbre de las antiguas familias griegas, que tras la muerte de un familiar usaban vestimentas negras, pretendiendo evitar así que la muerte se llevase una nueva víctima, también Feruglio, pocos meses antes de su muerte, usó inútilmente el mismo símbolo que el cristianismo primitivo convirtió en expresión externa del dolor.

En la ruidosa Ciudad Universitaria de Roma, el silencio interior, el aislamiento voluntario, tienen que haber sido terribles para un Feruglio recordando permanentemente a su hijo Arturito, en el cual había visto con orgullo a un futuro geólogo:

Tú, flor de mi planta
golpeada y consumida,
tú, de la inútil vida
extrema única flor,

Estás en la tierra fría,
estás en la tierra negra,
ni el sol ya te alegra
ni te despierta amor.

(Carducci)

Dramática,-relataba Gortani, fue la tarde en la cual Feruglio, durante la reunión invernal de 1954 de la Società Geologica Italiana, fue elegido vice-presidente de la misma, lo cual significaba ser presidente por el bienio 1956-7. Dramática porque, con perturbada voz, suplicaba que le evitasen esa carga; afirmaba Feruglio que sus fuerzas ya no eran las de antes; su empuje se había amortiguado, su actividad menguado. Insistente e inútilmente sus amigos friulanos le ofrecían su apoyo.

No aceptó. Seis meses después, a los 57 años de edad, el 4 de julio de 1954, veraneando en Feletto Umberto, provincia de Udine, donde había nacido el 1 de setiembre de 1897, dejó a su señora, a su hija, a sus hermanos, a su Friuli, a su Patagonia, sin consuelo. Se fue añorando tal vez la tranquilidad que había tenido en su segunda patria, recordando las mesetas cubiertas de coirón y los Alpes Patagónicos cubiertos de hielo que había cruzado con el Padre Alberto de Agostini.

Los amigos, los discípulos, y los discípulos de sus discípulos, hoy, después de 25 años de su muerte, recuerdan su personalidad y siguen admirando sus trabajos, verdaderas piedras angulares de la Estratigrafía de la Patagonia, creadas allá donde "ulula el viento y ruge la tormenta".

GIOVANNI CECIONI

con la colaboración de A.C. RICCARDI